TRAYECTORIA DE CHILE

POR

JAIME DELGADO

HASTA hace relativamente pocos años, la historia de las naciones hispanoamericanas se escribía, se contaba y, como consecuencia, se iba haciendo con absoluta prescindencia de la honda acción castellana, que durante tres siglos fué dejando el poso de una gran tradición que enraiza a aquellas naciones en el subsuelo primario y matriz de la civilización grecorromana. Así, en el año de 1810, se iniciaba automáticamente la vida de los pueblos hispanoamericanos, según los autores de esas historias ya caducas. Y lo anterior era noche oscura para el cuerpo y el alma nacionales.

Hoy, sin embargo, la historiografía hispanoamericana cuenta con individualidades señeras, que están formando ya un clima histórico, rigurosamente científico y alejado, por tanto, del juego de intereses que la mala política hacía poner antes en tratados, monografías y manuales de Historia. Pues bien : entre esas individualidades—cuya representación más genuina ostenta, en Uruguay, Juan E. Pivel Devoto, verdadero creador de la historia uruguaya—sobresale la de Jaime Eyzaguirre, el historiador de más clara visión, quizá, en esa tierra de ejemplares historiadores que es Chile.

Y Jaime Eyzaguirre ha visto nítidamente ese problema a que antes aludía yo, respecto a la manera de considerar la historia de los países hispanoamericanos. «La Patria libre—escribe Eyzaguirre en su último libro (1)—no es una extraña flor brotada de súbito y

(1) JAIME EYZAGUIRRE: *Fisonomía histórica de Chile*. Fondo de Cultura Económica. México [1948], 198 ps. con láminas aparte.

capaz de explicarse por sí misma. Ella tiene su prosapia, su luenga raíz, que se clava en la hondura hasta entroncar con el día lejano en que por vez primera voces españolas—voces del occidente cristiano—se hicieron oír en el aire de América.» Es que la presencia de España en América no afectó sólo, en efecto, a la capa externa de los pueblos y culturas aborígenes, sino que las penetró hasta la misma entraña, dándolas un ser nuevo. Por de pronto, las diversas razas autóctonas vivían, antes de la llegada española, en un estado de dispersión y disparidad que hacía inconexas a unas de otras; y fué España quien llevó a esas razas la conciencia de un «alma colectiva, capaz de proyectarse en una realidad cultural».

De ahí que «una historia plena de los pueblos hispanoamericanos—añade Jaime Eyzaguirre—será, por eso, la que acoja debidamente las largas etapas de la gestación e infancia, sin las cuales la hora de la virilidad sería un imposible sin sentido. De igual modo, una historia auténtica de estas naciones será la que, huyendo de una falsa abstracción, conciba a las mismas no como entidades cerradas y sin vínculos, sino como integrantes de una gran familia racial y cultural, en la que el mutuo contacto de sus miembros ayuda a buscar la singularidad de las fisionomías y define por contraste los rasgos personalísimos de cada uno».

Así, pues, si queremos trazar la trayectoria seguida por la historia chilena, deberemos, ante todo, dejar constancia de esa llamada por Eyzaguirre «prehistoria de la sangre y del espíritu», y analizar, junto con las características de los aborígenes chilenos, las de los españoles que llegaron al paisaje de Chile para liberar a sus habitantes de la servidumbre a la tierra, poniendo en sus frentes un signo de eternidad.

Los primeros hombres debieron de llegar a Chile por los tiempos del diluvio, procedentes del Asia y de la Polinesia. Unos rústicos pescadores, monoteístas y monógamos, poblaron así la costa del actual Chile desde Africa hasta el Sur. Después, hacia el siglo XI de nuestra era, los «diaguitas» se instalan en el valle de Copiapó, cuyos dominios se extienden hasta el río Choapa, habitados por las células familiares—de tipo matriarcal—que dichos pueblos constituyen. Y fueron éstos los que sufrieron la irrupción de los «cazadores pamperos», que un poeta llamó, doscientos años después, «araucanos». Más adelante, nuevas voces conquistadoras bajaron del Norte: los incas enseñorearon por un momento el territorio, pero los habitantes de Arauco les impusieron el alto. Se labraron fortalezas; otros hombres llegaron desde diferentes puntos y se formó una colonia

de Arequipa, que fué llamada «Chile» en recuerdo del río que regaba el suelo natal. «Medula era el significado del nombre nuevo, y—como dice Jaime Eyzaguirre—esa medula hacía falta en el luengo cuerpo geográfico, carente aún de sentido y de unidad.

Porque, en efecto, los distintos pueblos aborígenes no tenían aún un alma colectiva. Era necesario integrar a todos aquellos pueblos en un todo coherente. Y he aquí ya el papel trascendente que cupo al genio de España. Jaime Eyzaguirre lo ha visto claramente: «Si historia es—dice—la sucesión consciente y colectiva de los hechos humanos, la de Chile sería inútil arrancarla de una vaga y fragmentaria antecedencia aborigen, carente de movilidad creadora y vacía de sentido y horizontes. Chile se revela como cuerpo total y se introduce en el dinamismo de las naciones a través del verbo imperial de España. Por eso la primera y más de una de las páginas siguientes de su vida serán páginas españolas, con todas las modalidades propias que se quiera, pero sin velar en esencia la fisonomía originaria.»

Es que España lleva a América—a Chile concretamente—un destino de universalidad, su conciencia cristiana y ese sentido español de la vida que puede centrarse en la figura del hidalgo. España tiene actualizadas, en el instante del descubrimiento de América, estas características de su pueblo; las ha puesto en juego durante ocho siglos de medievo, en su lucha contra el musulmán, y así ha podido dar a esta lucha—como dijera Montero Díaz, con perspicacia y frase admirables—el ritmo y la seguridad que hacen de una historia civil una canción heroica. Por eso la empresa española de las Indias despliega ante nuestros ojos toda esa virtualidad de epopeya caballeresca que Eyzaguirre señala y que ha sido acertadamente estudiada por la investigadora mejicana Ida Rodríguez Prampolini en un libro reciente (1). Es la constante presencia de Dios, el culto al valor y el ansia sin medida de gloria. Lado, pues, medieval de la empresa americana.

Pero junto a este medievalismo tan importante en el campo jurídico e institucional (2), hay también otro lado renacentista, que en Chile halla su individuación en la figura de Pedro de Valdivia. Así, cuando presentan al conquistador el oro de los lavaderos de Concepción, se limita a contestar, como pensando en alta voz: «Desde ahora comienzo a ser señor.» «Es el hombre del Renacimiento—dice

---

(1) «Amadises de América. La hazaña de Indias como empresa caballeresca». México, 1948.

(2) Véase a este respecto el magnífico estudio de Julio Alemparte Robles, *El Cabildo en Chile colonial*. Santiago de Chile, 1940.

Jaime Eyzaguirre—que sabe del poder de la riqueza para guiar el albedrío.» Y Valdivia, con su certero y meditado paso, con la formación militar adquirida en la escuela del marqués de Pescara, con su destreza para mover a los hombres y libre de yugos sentimentales, lleva a Chile su idea de forjar una nación, porque ha visto la armoniosa unidad de aquel suelo, donde se conjugan aguas, desiertos, valles y cordilleras. El conquistador siente la atracción de la naturaleza. «En el culto a la naturaleza, que como el árbol del bien y del mal ha plantado el Renacimiento en medio de los mortales, Valdivia—el dominador de hombres—se muestra desde un principio rendido. Lo bello le toma a cada paso sin defensa en esta tierra que irá a recoger el ramo de sus inquietudes heroicas y de sus sacrificios. Era, después de todo, difícil que no se sintiera tocado ante la burla desafiante con que la primavera del Mapocho mira desde el fondo de los arrayanes y maíces los blancos residuos invernales de la cordillera; o ante la espesura del bosque sureño, que reprime su enigma en la lonja azul y plata de ríos y de lagos.» Pero Valdivia vió aquello como «un todo orgánico y coherente llamado a incorporarse al ritmo de la historia».

De este modo, Valdivia inició su labor fundadora. Eyzaguirre lo explica, como hemos visto, con acertado concepto y elegante prosa, que pone de relieve, además, las dificultades que los españoles hubieron de salvar para realizar su obra. Es, sobre todo, la oposición araucana, tenaz y constante. De nuevo el sentido caballeresco aparece aquí como en todo momento y lugar. El español considera al indio como otro caballero, cuyo valor pesa y admira. Pero el abismo del espíritu se abre, insalvable, entre ambos mundos: el español, creyente en los valores espirituales, y el araucano, negado a la abstracción, y que sólo reaccionaba ante lo tangible. Por eso es tan difícil en Chile la fusión de razas y por eso la vida de los colonos tarda dos siglos en normalizarse, hace precario el desarrollo de la industria y obliga a mantener el hábito guerrero en el criollo.

Pero el español llevó a América, junto al sentido caballeresco, la finalidad evangelizadora y misionera, congénita a la actitud española frente al indio. Así, en Chile, al igual que en todo el continente, España vertió su acción religiosa. Pero aquí el estado de guerra casi continuo va a dificultar considerablemente la obra de evangelización como toda la acción colonizadora. La propagación de la fe y la «encomienda» tropiezan, en efecto, con grandes obstáculos. Por otra parte, el indígena chileno está, en la jerarquía cultural, en un grado muy inferior al de Perú o Méjico, y su tendencia

a la aventura no se resigna al encuadramiento en pueblos. De ahí que la situación del colono no sea tampoco muy cómoda. «Es un país—dice Eyzaguirre—de reducida población indígena sometida y donde la gente española se ve acosada por los sacrificios de una guerra sin término : la explotación de las haciendas y minas constituye un serio problema. Y ante la escasez de mano de obra que amenaza la existencia de la población y la expone más de una vez a los rigores del hambre, no queda más remedio que exigir compulsivamente del aborigen el concurso de su brazo. Esperar que el indio adquiera por sí mismo hábitos de trabajo y que se resigne a pagar, como fruto de su esfuerzo espontáneo, la contribución cedida por la corona, es cosa demasiado ilusoria. El encomendero así lo comprende y prefiere cancelarse el tributo con el trabajo directo del indígena.»

He aquí ya el problema de las encomiendas, que en Chile no se pueden someter a las normas reales, pero que tampoco encuentran un arreglo definitivo. El cambio del trabajo obligatorio por el triunfo origina una larga polémica, que no encuentra solución en el mandato real de suprimir el servicio personal, mandato que cae en el vacío porque los gobernadores estiman que sería de consecuencias desastrosas para la economía del territorio.

Hay, pues, una lucha entre la moral y la economía, que Eyzaguirre señala y explica con acierto, y en la que corresponde a la Iglesia la punta de vanguardia. Es la contienda entre los «principios» y las «realidades»; en ella «el español se debate con dolor por más de dos siglos», y «si nunca logra instaurar en toda su plenitud los ideales ungidos por su espíritu, tampoco las caídas y claudicaciones frecuentes le detienen ni abaten en la brega. Permanece clavado en la ambivalencia irreductible de los principios y de las tendencias, sin que pueda ni siquiera librarse de su crucifixión». Porque «el español católico que ha puesto su acento de pasión en la igualdad esencial de los hombres y en su supremo y común destino, halla frente a sí, como implacable exigencia, el mandato de la ley civil y de la doctrina de la Iglesia. Y cuando esquilma y atropella al aborigen no puede eludir el castigo y la separación, porque ante el rey se ha convertido en un delincuente y ante Dios en un pecador».

He aquí, resumido en pocas líneas, todo el sentido de la acción española en América. Jaime Eyzaguirre puede exponerlo, porque, además de una visión clara y original, dispone de una poderosa capacidad de síntesis que da a sus obras—concretamente a su último libro—todo el valor de los estudios construídos y elaborados a base de una previa y minuciosa labor de análisis. De este modo expone

todo el trayecto recorrido por Chile en el curso de la Historia, haciendo notar los caracteres fundamentales de la línea histórica chilena: el sistema jurídico, el régimen gremial, el poder político y la génesis y desarrollo del Patriarcado hasta desembocar en lo que Eyzaguirre llama «el triunfo de la materia», que acaba con la desintegración del imperio.

Tres cosas, sobre todo, nos interesan en la evolución histórica de Chile. En lo que se refiere al poder político, la existencia de una doble corriente—señalada también por Julio Alemparte—en el organismo político-administrativo: la que procede del monarca, canalizada por los oficiales reales, y la que asciende del elemento popular hasta el rey, a través de los cabildos, que ganan así en el Nuevo Mundo el poder que van perdiendo en la península. Por otra parte, es interesante también la mutación sufrida a lo largo de los siglos por el elemento más encumbrado de la sociedad hispano-chilena: del encomendero, predominante en los siglos XVI y XVII, se pasa, en el siglo XVIII, al comerciante de extracción vasco-navarra y castellana, cuya sobriedad y espíritu emprendedor contrastan con la improvisación del antiguo conquistador extremeño y andaluz. Por último, con el siglo XVIII comienza «el triunfo de la materia», en ese momento en que se afirma cada día más el estudio de las ciencias de la naturaleza, y España, abandonando sus ideales, se esfuerza por vivir de ideas. Y llega así la desintegración del Imperio y la ruptura.

Aquí está, en el estudio de la ruptura, lo más interesante, a mi juicio, del libro de Jaime Eyzaguirre. La obra va ganando en valores de todo orden conforme se aproxima hacia el final. Es, así, el libro un gran poema que recoge toda esa sinfonía heroica que es la historia de Chile. Pero es en el análisis de la Independencia donde encuentra quizá su nota más vibrante. El viejo espíritu municipal que vive en América lo mismo que en España; la ignorancia y errores de las autoridades españolas frente al problema; el carácter de guerra civil que tuvo la lucha y la fatalidad del movimiento, están puestos de relieve con acierto. Por último, la evolución política de Chile independiente, desde la dura formación nacional, entre los vendavales de la anarquía, hasta la actualidad, pasando por la génesis del verdadero Estado, que lleva a cabo Portales con un principio de autoridad, que va a hacer crisis y derrumbarse en 1891, hasta que la nación presencie, en 1925, el auge de la anarquía. Por último, la esperanza puede abrirse camino, pero quedará la duda en la dramática oscilación entre el ser y el no ser.

«Un proceso de tanta magnitud—concluímos con Eyzaguirre—realizado, a diferencia de otros pueblos de América y de Europa, en un margen insignificante de tiempo y en medio de una agitación interior en cierto modo transitoria, prueban cuán fuerte es aún el rico acervo de cultura cívica adquirido en cien años de ordenada vida nacional, y asimismo que el tablero tortuoso de la acción política, en que se juega con una mezcla paradójica de avidez y escepticismo, no revela todo el contenido del alma chilena. El hombre sano y patriota, que dista de constituir una rara excepción, aunque pueda llegar a serlo en el tiempo, se halla excluído por voluntad propia o ajena de hacer sentir allí todo el peso de su influencia. Pero su labor silenciosa y constante no se pierde para la colectividad y ella sabe compensarse por su intermedio de la desorientación o inepcia de los gobiernos. Allí están los ingenieros, que vivifican nuevas fuentes de riqueza y delinean todo el porvenir económico de la república; los médicos, que proclaman hasta lejos de la frontera la capacidad científica de un pueblo joven; los poetas, en fin, que ahondan en la sustancia misma de la tierra para extraer de allí toda una forma virgen de belleza. Esos recónditos y genuinos acentos telúricos, jamás oídos en el lenguaje español, que los líricos han lanzado a la evidencia, suenan como anticipaciones de una voz que lucha aún trabajosamente por abrirse paso entre sombras de desengaño y muerte y luces señeras de afirmación y vida. Oscilar dramático entre el abismo y la cúspide, entre el ser y el no ser, en que se debate todo el inconsciente de Chile, y de cuya definición postrera penderá el destino final de su historia.»

Jaime Delgado.
Almagro, 10.
MADRID (España).